

Rey se quebró un brazo (1); y á pesar del agudo dolor que sentia, se levantó al punto: la caleza de Madama se acercó al lugar de la desgracia rápidamente, sin que en este momento de turbacion y temor se pensase en socorrer á la Duquesa, que habia perdido el conocimiento. Obligan al Rey á que suba al carruaje: consiente en ello, y echando los ojos á la Duquesa, la vé pálida, exánime, sin movimiento, y con la cabeza apoyada en el hombro de la persona que estaba á su lado: poco le faltó para desfallecer. ¡Gran Dios! exclamó, socorredla... Diciendo estas palabras, tomó un frasquito que Madama sacó de su bolsillo, y la hizo respirar por medio de aquella agua espirituosa: abrió los ojos; miró al Rey; y rompió en llanto.... Las lágrimas de Luis se confundieron con las suyas. Madama, enfadada interiormente, procuró vengarse, afectando en su semblante cuan incomoda le era aquella escena. Ella habria podido disminuir el escándalo, mostrando compasion sobre el accidente que la causaba; pero su aire frio y su sequedad, hicieron mas patente,

(1) Este accidente sucedió con poca diferencia en aquella época.

por el contraste; la muy viva sensibilidad de la Duquesa. Nadie manifestó en este instante el vivo interés que se habria ponderado en otra ocasion: cada uno en secreto envidiaba de algun modo los movimientos involuntarios, que acababan de hacer traicion á una union tan apasionada: conocían que todos los demás testimonios de afecto serían débiles comparados con este: y cuando en esta materia no hay esperanza de exceder, ni igualar, se renuncia á esta especie de lisonja: el desaliento no permite fingir; y el despecho dá continuamente una aparente sensibilidad, que no hay.

La Duquesa, volviendo en sí, vió aproximarse una de las carrosas del Rey; quiso bajar de la caleza, só pretextó de dejar lugar: el Rey no se lo permitió; y él mismo se apéo, y tomó su berlina. Se ignoró que tenia el brazo quebrado, hasta que los facultativos lo contaron. Cuánto admiró la Duquesa su valor, y se enterneció por tanto amor!.... Su inquietud sobre el estado del Rey no le permitia meditar en la imprudencia que habia cometido; pero Luis supo sacar partido de ella: sostuvo, que despues de tal suceso era supérfluo el misterio: agregó, que no

podia verla soportar las altanerias y afectados desdenes de Madama: en fin la instó, la suplicó con las mas vivas expresiones. El estaba enfermo, adolorido, apasionado; sin embargo, no pudo obtener un consentimiento formal; pero se condujo como si lo hubiese conseguido.

Los suntuosos edificios de Versalles estaban cuasi acabados: luego que el Rey estuvo convaliente, fué con toda la córte á aquel lugar, que él mismo habia criado: compró el palacio de Biron, con intento de establecer allí á la Duquesa. Cuando todo estaba dispuesto para la ejecucion de su designio, reconoció los dos hijos, de que era madre la Duquesa, en la misma cuna; adquirió para ella la tierra de Vaujour, la erigió en Ducado-Par, y la dió el nombre de Duquesa de la Valliere, que llevó despues en la córte (1).

En vano procuró el mas grande Rey del

(1) Aunque el original no la dá el título de Duquesa hasta aqui, sino el de mademoiselle la Valliere; yo he usado desde el principio de este nombre uniforme, ya porque se trata de una cosa, en que no se comete anacronismo; ya porque el nombre Señorita, equivalente de Mademoiselle, era menos propio para tan repetido en nuestro idioma.—*El Traductor.*

mundo elevar el objeto de su amor. La desgraciada Duquesa, en medio de toda la pompa de su nueva fortuna, se sintió mas que nunca agoviada bajo el gravoso peso de la deshonor.... Fuera del esplendor que aseguraba á sus hijos el rango de príncipes de la sangre, suplicó al Rey la dejase vivir en un rincon retirado de Versalles; rehusó todos sus dones; pero Luis la obligó á aceptarlos, empleando para ello toda la autoridad de monarca el mas grave, y todo el imperio de amante adorado.

Los soberanos pueden conceder plazas eminentes, y prodigar riquezas; pero no tienen tesoros que puedan rescatar el honor. La Duquesa de la Valliere no vió en estos brillantes favores mas que nuevos objetos de confusion. Le fué imposible pedir su licencia verbalmente á Madama, porque no habria podido sostener sus miradas: le hizo presentar su dimision en la forma mas respetuosa; y se encerró en la soberbia habitacion que el amor habia adornado para ella. Se encontró dentro de esta morada magnífica con una profunda humillacion. Por fin, decia, veisme aqui colocada en el rango despreciable de aquellas mugeres altaneras y sórdidas, á quienes la inflexible historia marca para siem-

pre con el sello de la infamia!... Este fausto que me rodea, publicando mi deshonor, me priva tambien de cuanto podia excusarlo. ¡Ay de mí! yo me he dado; y el universo entero creerá que me he vendido! ¡Qué es á los ojos de todos, la amante declarada de un Rey? La cortesana mas célebre de su nacion. Y ¿como soportar este exceso de ignominia?... Esta terrible reflexion hirió de tal manera á la Duquesa, que á pesar de las súplicas del Rey, estuvo quince dias encerrada, sin resolverse á salir, ni aun á recibir sus amigos mas íntimos.

Ella habia encontrado en su cuarto un cofrecito lleno de los mas preciosos diamantes; no quiso guardar uno; los hizo vender, y con su importe fundó dos hospitales, uno para pobres ancianos, y otro para la educacion de jóvenes huérfanas (1).

En fin, era necesario presentarse en la corte, porque el Rey lo exigió formalmente. Al salir la Duquesa de su casa, quedó admirada, viendo al rededor de su silla una multitud de gentes del pueblo, que habia reunido la curiosidad: se figuró ver en todos los semblantes la expresion

(1) Rasgo histórico.

de un insultante desprecio, ó de un odio oculto: pálida, trémula, apenas se atrevia á levantar los ojos; y su turbacion se aumentó al entrar en el castillo: todos los cortesanos que la encontraron, se disputaban el saludarla; pero estos nuevos homenajes sirvieron para aumentar su confusion. Cuando entró al cuarto de la Reina, y distinguió á esta Princesa, creyeron que se accidentaba, por la mutacion de su semblante; le fué imposible articular palabra: su penosa agitacion fué tan visible, que la Reina misma pareció compadecerla, y le habló con aquella dulzura que la caracterizaba: la Duquesa se inclinó profundamente, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Madama le ocasionó menor mal, recibéndola con la mas desdeñosa frialdad.

La Duquesa se propuso volver á la corte rarísima vez: jamás, despues de su falta, se habia encontrado tan desgraciada; nunca sus remordimientos le habian ocasionado mayor amargura. Un trágico suceso puso el colmo de ellos.

El marqués de Bragelone, que en otro tiempo habia concebido por ella una viva y tierna pasion en el castillo de la Valliere, conservaba este profundo sentimiento, no obstante la ausencia de cinco años. Madama de Themine por

mucho tiempo lo habia exaltado mas con sus cartas; pero cesó de escribirle. El marqués, siempre en el ejército, no atribuyó la falta de esta correspondencia, sino á la dificultad de los correos, y así calmó su inquietud, tratando solamente de hacerse digno de la que adoraba; se distinguió por varias brillantes acciones de guerra. La reputacion que adquiria, aumentaba sus esperanzas, y de consiguiente su pasion; y lleno de doble entusiasmo de gloria y amor, quiso aprovechar algunos instantes de descanso y libertad, para volar á Versalles, ignorando enteramente lo que todo Paris sabia tres semanas. Habiendo hecho el viage con la mayor rapidez, sin preguntar á nadie cosa alguna, llegó á Versalles; pregunta por la Señorita de la Valliere, camarista de Madama: todos extrañan la pregunta; mas la respuesta fué un rayo para este desgraciado amante!... Qué ha de suceder, cuando á la vez se pierden, y en un instante, todas las ilusiones que hacian la vida encantadora, toda la esperanza de felicidad, y de hallar consuelo en lo futuro!... Un horroroso espanto se apoderó del Marqués, dejándolo inmóvil algunos minutos; pero al punto recobró sus fuerzas. Vamos, dice, quiero verla, aunque sea una y la última vez!... Se di-

rige al palacio de Biron. Para no tener dificultad en ser recibido, se hace anunciar de parte de madama de Themine: al oír este nombre, sin preguntarle nada, se abren las puertas; atraviesa con una indignacion que lo oprime una multitud de piezas magníficamente adornadas; llega á un gabinete donde encuentra á la Duquesa, sola, mas bella, mas encantadora que jamás, en la actitud melancólica y descuidada, de una persona sumergida en la mas profunda meditacion. Estaba sentada en un canapé, frente al retrato del Rey.... Al aspecto imprevisto del marqués de Bragelone se sobresalta, se colorean sus mejillas, y se cubre el rostro con las manos.... El Marqués se habia detenido á algunos pasos de ella; y apoyándose sobre una mesa, en pie, pálido, inmóvil, la miraba atentamente.... Ella creyó ver un espectro.... Ay!... huid, le dice, huid una muger culpable, indigna de vuestros sentimientos!... — Angel caido! exclamó.... A estas palabras, la Duquesa no pudo contener sus lágrimas.—Oh, si pudiera llorar! prosiguió el Marqués: tú, á quien adoraba como el modelo de la augusta virtud, en quien todavia encuentro aquella imagen celeste; mi mayor suplicio es, al mirarte, adver-

tir que no has podido padecer tal extravio, sin perder para siempre hasta la sombra del reposo!... Mas ¡ay de mí! vos nada me habeis prometido! nada tengo que reclamaros: lo sé; pero cesando de admiraros, pierdo la idea de la felicidad, y el entusiasmo dichoso de una alma ardiente y llena de virtud.... Yo dejo de existir, viendoos víctima de la seducción!.... Ah, dijo la Duquesa; al menos la reputacion y la gloria, podrán consolaros!....—La gloria.... y ¿por quién combatiré? ¿qué mano me dará el precio del valor?.... Al pronunciar estas palabras echó la vista al retrato del Rey, se estremeció, y despues de un momento de silencio: á Dios, dice, á Dios!.... esperanza, emulacion, ambicion, patriotismo, todo lo habeis trastornado; todos los sentimientos de este corazon despedazado!.... esto es arrancarme la vida!.... A Dios!.... Y, haciendo un último y poderoso esfuerzo sobre sí mismo, salió impetuosamente. Apenas se hallaba al fin de la escalera, cuando vió entrar bajo la bóveda la carrosa del Rey: se apoyó sobre el pasamano, diciendo con una voz muy débil: esto es demasiado!.... El Rey bajó precipitadamente, y pasó con tanta rapidez, que no advirtió en el desgraciado Brage-

lone, colocado en la parte exterior de la escalera, y medio oculto por el pasamano, que era muy mazizo y cargado de doraduras. Entretanto, el Marqués solo quiere abandonar esta casa funesta: vacilante dá algunos pasos;.... mas una nube espesa cubre sus ojos: llama á sus criados; y cae sin conocimiento bajo la bóveda. Le llevan á su berlina, y luego á la posada: recobra los sentidos; mas una horrorosa palidez, un temblor convulsivo, una espantosa sofocacion, anunciaban que era demasiado peligroso el estado de su salud. El huésped y sus criados, enviaron en busca de médico. Ah! dice el Marqués, el golpe es aquí!.... poniendo la mano en el corazon: es mortal!.... Efectivamente, todos los recursos fueron inútiles. El infeliz, pasadas pocas horas, rindió el último suspiro.

Este deplorable acontecimiento llenó de dolor y espanto á madama de la Valliere. Ay de mí! decia; si yo hubiese conservado la inocencia, él viviria! ¡No podia existir sin estimarme! Su corazon tan noble, tan generoso, no ha podido soportar la deshonra de la que amaba! ¡Y yo vivo, á pesar de tantos remordimientos?.... No puedo, ni quiero sofocarlos; todo los reanima, y

los aumenta; y, con todo, ¡deberé disimularlos, y principalmente á quien los causa! ¡Podrá él ser feliz, si conoce el fondo de este corazon siempre combatido, siempre incierto, aunque subyugado!.... ¡Podrá él contar conmigo, cuando sin cesar formó proyectos terribles, para romper tan amables lazos!.... Por interés de su felicidad, por no alterar su dulce seguridad, me veo precisada á engañarle, á ocultarle mi arrepentimiento, y á mostrarme á sus ojos mas indigna de lo que en efecto soy!.... Entretanto, los dias, los años se pasan.... ¡Gran Dios! ¿Me envejeceré en este estado? Siempre agitada, irresoluta, sintiendo lo pasado, mirando con terror lo futuro; aborreciendo el vicio, sin volver á la virtud; muy débil para ceder á los remordimientos; muy sensible y muy constante, para triunfar de un desgraciado amor!.... Ah! No quisiera extinguirlo.... (Nunca he formado este deseo quimérico). Mas plugó al cielo tuviese valor para sacrificarlo.... ¡Como cesár de amar, pues que el olvido es imposible!.... Sí: si él pudiera existir sin mí, seria mas feliz lejos de él con su memoria!.... En la mas profunda soledad oiria hablar de él, de su gloria; en cualquiera parte de Francia viviria bajo su imperio

y sus leyes; le amaria en silencio, y sin tener que reprenderme!.... Lloraria sin amargura, nada temeria del tiempo, del tiempo rápido y destructor, que arrebatara la juventud, las gracias y la belleza!....

Estos diversos pensamientos sumergieron á la Duquesa en una melancolia, que á pesar de sus esfuerzos se manifestaba en todas sus acciones y discursos. Luis lo conoció; se quejó con viva inquietud; y las respuestas embarazosas de la Duquesa no lo aquietaron. Pasaba cuasi todas las noches en el Palacio de Biron, con algunas personas de su sociedad íntima. Benserade dijo una noche que Madama de la Fayette estaba componiendo un romance; se le preguntó el asunto. Su proyecto, dijo, es pintar todos los tormentos de una pasion desgraciada. ¿Esta pasion no es legitima? preguntó la Duquesa suspirando. No, respondió Benserade, y es una muger interesante quien la experimenta.—¿Ella cede á su inclinacion?—No, resiste.—Ah! El autor no llenará su objeto! Jamás pintará todos los tormentos que puede causar el amor!.... Luis, alternativamente conmovido y lastimado, puso fin á este diálogo, cambiando de conversacion. Cuando quedó á solas con la Duquesa se quejó, y por primera vez con

el despecho del amor propio irritado. Madama de la Valliere, que tenia tanta finura como candor, conoció que el Rey estaba ofendido, principalmente por haber ella hablado así delante de testigos: él queria que todos creyesen era perfectamente feliz la persona que amaba. Nada lastima á las almas sensibles como la suma delicadeza del orgullo; perdonan cuantas faltas vengan del corazon, y no tienen indulgencia para las que produce la vanidad. La Duquesa, ofendida á su véz, respondió con amargura. Luis sorprendido, irritado, no disimuló lo que pasaba en su interior, y se expresó con una arrogancia que acabó de irritar á la Duquesa. Los príncipes, bien como amantes, ó como amigos, hallándose descontentos, vuelven á tomar naturalmente el tono de la superioridad!.... Entonces se conoce bien toda la ilusion de esta igualdad sentimental, que ellos mantienen con tanta gracia, mientras que nada les contraría.... La Duquesa mostró una fortaleza, que Luis tomó por frialdad; la dejó con un humor y una cólera concentradas, que se parecian á la insensibilidad; quedó desesperada.

O! qué sensible es el primer disgusto, la primera queja, quando se ama con pasion! Es un

acontecimiento tan extraordinario, tan imprevisto!... La Duquesa quedó confundida, abatida de sorpresa y dolor. El le habia hablado con acritud; se habia separado con frialdad. Ella le habia permitido partir, y separarse de ella, sin procurar dulcificarlo! El, en esta cruel disposicion, habia podido ausentarse de ella por el espacio de veinte y cuatro horas!.... Despues de haber atravesado un salón, tres antecámaras y un vestibulo, no habia vuelto atrás!.... ¡Qué noche tan agitada y dolorosa, hicieron pasar á la Duquesa este recuerdo y estas ideas!.... El Rey, por su parte, no estaba mas tranquilo: se persuadia que la Duquesa le amaba menos, porque no tenia ninguna idea de sus remordimientos. Conocia muy imperfectamente sus sentimientos religiosos; é interpretaba de la manera mas falsa la tristeza que observaba en ella, desde que habitaba el palacio de Birón. Al dia siguiente por la mañana, que la Duquesa no le esperaba, fué á visitarla: entró en todas las piezas de su departamento; no la encontró: se le avisó que estaba en el segundo piso, y ya bajaba. Este segundo cuerpo de la casa no contenia mas que habitaciones de criados; y Luis recordó, que ya otra ocasion, á la misma hora, que vino sin que le aguar-

dase, se le habia contextado de la misma manera. Cuando uno está descontento, poco basta para causar inquietud, y todo lo que parece singular, inspira cierta especie de desconfianza. Vino la Duquesa pálida, abatida. A Luis le pareció que venía con un aire embarazoso: le preguntó, de donde venía; ella eludió la respuesta: Luis no insistió, y estuvo frio y preocupado. El Rey habia venido con intencion de solicitar perdon por el mal humor que manifestó la víspera; pero evitó toda explicacion, abrevió su visita, y dejó á madama de la Valliere mas afligida, y mas digna de compasion que antes. Preguntó secretamente á un ayuda de cámara de la Duquesa; y solo descubrió, que ésta se habia reservado en el segundo piso un gabinete, en el cual se encerraba todas las mañanas á la misma hora. Deseoso de penetrar este misterio, halló modo de procurarse una llave; y una mañana, á la hora que la Duquesa estaba encerrada, entró de repente. Quedó inmóvil viendo á madama de la Valliere de rodillas, en un reclinatorio, sobre el cual estaban clavados el retrato de su madre, y la Cruz de cristal que de ella habia recibido.... Tan sorprendida, como atemorizada la Duquesa, se vuel-

ve, y muestra un semblante bañado de lágrimas.... Gran Dios! exclama el Rey con la mas viva emocion; ¡así es como me amais? Todos los dias gemís en secreto!.... Ah! respondió ella: solo cuando no os veo!....—Y yo no soporto vuestra ausencia, sino pensando en vos! Vuestra memoria entónces forma el encanto de mi vida: ¿y la mia os aflige?....—Todas las lágrimas vienen del corazon: llorar es amar!.... —Pero ¿se puede uno entregar al pesar, á la melancolia, cuando ama y es adorada?.... ¿Qué designio os conduce á este lugar tan sombrío y misterioso? Aquí venís á dar pábulo á vuestras penas, que me desesperan! Aquí meditais mi pérdida! Aquí formais el proyecto de abandonarme!—Aquí pido al cielo el valor que no puedo conseguir!....—Escuchadme: si teneis la barbaridad de huirme, sabed, que no hay asilo sobre la tierra donde podais sustraheros á mi amor. Me habeis dado el derecho de perseguiros; y aunque estuviesséis en la otra parte del mundo, sabria ir, buscaros, robaros, y traheros cerca de mí. El respeto humano, el temor de un escándalo, que sonaria en toda Europa, seria muy débil para contenerme. Perderos, solamente es superior á mi valor. Jamás me so-

meteré á esta desgracia horrible!.... Si de un amante sumiso y feliz, quereis convertirme en un tirano usurpador, huidme; pero estad segura, que en adelante, á despecho de la suerte, de los acontecimientos y de vuestra voluntad, mi muerte solo podrá separarme de vos.

El Rey hablaba con un fuego y una impetuosidad, que causaron espanto á la Duquesa; sin embargo, esta misma violencia la libertó de un gran suplicio, cual era meditar sin interrupcion un pronto retiro, ó, al menos, repetirse que debia hacerlo. Le fué agradable, pensar que la fuga sería imposible, ó solo serviría para ocasionar las escenas mas escandalosas. Con una resolucion firme habría podido fácilmente huir y ocultarse, al menos, durante largo tiempo: el Rey, al fin, se hubiera calmado y aprobado su retiro (1); pero ella no podia, ni queria persuadirse, antes creía que este proyec-

(1) Luis habría sentido la fuga de la Duquesa; pero sin ofensa, cediendo al principio sublime que la causaba. ¡Cuántos amantes virtuosos han elegido un claustro, en la imposibilidad de verificar su legítima union? Mas, cuando la preferencia de otro objeto es causa de la separacion, lo es tambien de la muerte misma, en el desgraciado que la sufre, pues que no halla una indemnizacion tan noble como el

to, para cuya ejecucion no tenia valor, era verdaderamente quimérico, ganaba mucho en no pensarlo, y se escusaba un horrendo tormento. ¡Cuántas otras penas le quedaban que sufrir!.... La extrema delicadeza es un manantial inagotable de pesares. Cuasi todas las conversaciones generales la mortificaban, principalmente en presencia del Rey: encontraba siempre en ellas algunos tiros que la herian mortalmente. El elogio de una muger virtuosa, era para madama de la Valliere una reprension; en lo interior de su alma la aplaudia; mas, con qué amargura!.... Las conversaciones mas frívolas, aun las que recaían sobre los romances, le eran penosas. En aquel tiempo, los romances eran tan puros! Se condenaban en ellos las debilidades con tanta severidad!.... Una noche, en el palacio de Biron, habló el Rey de la famosa Cristina, Reina de Suecia, diciendo: que la mayor singularidad de esta Princesa extraordinaria, era, ser á la vez sábia, sencilla y natural; tener costumbres grotescas sin ser ridi-

que cede sus sentimientos, y renuncia su amor á la virtud: ejemplo el marqués de Bragelone.—*El Traductor.*

cula; maneras bizarras, y, por tanto, agradables, y un hechizo inexplicable; aunque no tenia ni gusto, ni dignidad, ni hermosura. Agregó, que aunque tenia aversion á las mugeres sábias, le habia parecido Cristina tan amable como original en su primer viage (1); es decir, antes que el asesinato de Monaldeschi le hubiese inspirado horror á ella. Luis, en seguida, contó, que esta Princesa hizo una visita á la Ninon. Todos reprobaron la indecencia de esta jóven Reina, que, entre todas las mugeres francesas, habia dado acogida solo á una cortesana; y algunos añadieron, que la Ninon verdaderamente era una muger sin costumbres, y no una cortesana; porque siempre habia rehusado los dones de sus amantes, y pudiendo haberse enriquecido, se contentaba con la fortuna mediócre, adquirida de sus padres.

Están los cortesanos tan acostumbrados á mirar la Dama declarada de un Soberano, como la muger que ocupa la plaza mas envidiada de la corte, que ninguno imaginó pudiese la Duquesa aplicarse esta última observacion; pero la desgraciada se abatió al oirla. Una pro-

(1) Memorias de Montpensier y de Motteville.

funda humillacion marchitó su alma; y, durante el resto de la noche, le fué imposible tomar la menor parte en la conversacion. ¡Con qué júbilo hubiera depuesto en aquel acto el título fastuoso, que le recordaba su deshonor! ¡Qué placer hubiera encontrado en restituir á Luis todos sus dones punzantes!... No pudiendo despreciar una fortuna que el amor y el orgullo la forzaban aceptar, hacia de ella el uso mas noble. Solo era remarcable por su extrema sencillez. Siempre puesta con una elegancia, debida á su gusto natural y á su gracia, habia desterrado de su adorno el oro, la plata, y las piedras preciosas. Siempre que podía, separaba de sí toda clase de fausto y aparato brillante. En fin, hacia inmensas limosnas. Su palacio solitario, siempre cerrado á los intrigantes, estaba abierto á los desvalidos, á quienes personalmente iba á buscar. Mas, repartiendo tantos beneficios, estaba muy distante de creer, que tal generosidad debia reparar ó justificar el desorden de su conducta. Sabía, que la moral religiosa no admite tarifa para las debilidades criminales; que no se compra con la plata el derecho de entregarse á los vicios; y que no se expian los errores sino abjurándolos, y renun-

ciando á ellos. Sin duda, decía, yo me satisfago abriendo mi corazón á la piedad; pero auxiliando á los desgraciados, quizá los corrompo: saben quien soy, y el reconocimiento debilita en ellos aquel santo y saludable horror que tienen al adulterio: sirviendo á la humanidad, perjudico á la moral.... Solo la virtud puede hacer bien con fruto, ó al menos con perfecta utilidad! Estos aflictivos pensamientos decidieron á madama de la Valliere á ejecutar sus buenas obras, ocultando su nombre y su persona. Otras veces, cuando las circunstancias lo permitian, hacía distribuir las limosnas en nombre del Rey; sin que éste jamás lo percibiese.

Si el arrepentimiento y los escrúpulos turbaban su vida; el amor agitaba cada día mas su corazón. Aunque siempre era amada con pasión, los negocios y sus deberes no permitian al Rey aquella ocupación de todo momento, que solo habría podido satisfacer un corazón que se había entregado sin reserva. La ficción de una negligencia, el mas ligero olvido, eran para la Duquesa penas reales, que se renovaban sin cesar. Tenía la doble pena de resentirlas con amargura, y reprendérselas vivamen-

te. Las frecuentes cazas del Rey eran para ella otra causa de inquietud, desde el acontecimiento que causó la caída del caballo. En fin, se trataba de guerra: Luis estaba decidido á ponerse á la cabeza de sus ejércitos; y la Duquesa se estremecía de antemano, entreviendo los peligros futuros: tenía en los dolores presentes el presentimiento funesto de los que debía sufrir.

Un nuevo motivo de terror, mas horroroso que los pasados, acabó de trastornarla. Un día, contó el gran Condé, (que llegó á ser el amigo mas sincero del Rey) manifestando horror, y en presencia de la Duquesa: que en Auxerre se había encontrado un retrato de Henrique IV atado á un poste, con un puñal clavado en el pecho, y en lo alto del poste una inscripcion latina, que amenazaba á Luis con la misma suerte. „Lo que me consuela, dijo el „Rey, que semejantes atentados nunca se perpetraran contra los monarcas decididos é inútiles” (1). Respuesta admirable en todos sentidos, y que solo podría dar una idea del es-

(1) Sus propias palabras. Memorias de madama de Motteville.

píritu superior de este Príncipe, de su valor heroico, y de la grandeza de su alma.

Esta relacion del gran Condé, que no inspiró al Rey sino una expresion sublime, sumergió á la Duquesa en inquietudes las mas fuera de razon, y que despedazaban su alma. Estaba penetrada de miedo, al pensar que existia en Francia, y en una ciudad cerca de París, un malvado capaz de asesinar al Rey. ¿Este mónstruo no tenía cómplices? ¿no podia formar una conjuracion? ¿este complot execrable no estaba ya formado? En fin, el Rey salía de continuo sin ningun séquito; era tan fácil de acercársele, y pararlo (1)... Estas negras ideas la perseguian sin descanso; se mezclaban, durante el dia, á todos sus pensamientos; le turbaban el sueño durante la noche; mil veces la despertaban sueños horrorosos, que le representaban á Luis asesinado; el desvelo mismo no podia disipar estas funestas ilusiones. Ella conservaba una opresion de corazon, un mie-

(1) Cualquiera tenia la libertad de acercársele, y ponerle un memorial en sus propias manos; él lo recibia, y se detenía voluntariamente, cuasi siempre, para hacer cualquiera pregunta. Memorias de Saint-Simon.

do, que la hacian mirar cualquier vano sueño como un fatal aviso del cielo. Los temores insensatos y vagos de la sensibilidad, producen fácilmente la supersticion!... Todo lo que parece sorprendente, se convierte en presagio para los corazones lastimados! La Duquesa enviaba á palacio; esperaba al mensagero con una agitacion, un temblor, que cada minuto parecia aumentar la violencia. Si durante este tiempo oía en la calle algun ruido extraordinario; si desde su ventana observaba por accidente cualquier movimiento en el pueblo, ó algun corrillo, dirigiéndose al Castillo, esto era para ella cuasi la confirmacion de la mas horrible desgracia!... Mas de una vez, el sobresalto la privó de los sentidos... Si le trahian un billete del Rey, se deshacia en lágrimas, daba gracias al cielo, como si hubiese recibido alguna noticia no menos inesperada que feliz. Hablándose á sí misma decia: ya no tomaré estos vanos temores por presentimientos; y cuando volvía á ver al Rey, se creía libre de ellos para siempre; mas en quedando sola, se posesionaban de ella con la misma fuerza. Luis nunca supo estos pormenores: madama de la Valliere se hubiera avergonzado de mostrarle

tanta debilidad: él jamás conoció hasta qué ex-
ceso fué amado.

FIN DEL PRIMER TOMO.



LA DUQUESA

DE

LA-VALLIERE,

POR MADAMA DE GÉNLIIS.

*Historia que en Paris se imprimió por la vez
nona en la oficina de Maradan; y que traducida por
el Señor Don J. M. E. ha reimpresso*

Luis Abadiano

EN MÉXICO.

1839.

TOM. 2.

EN LAS ESCALERILLAS NUM. 13.

Se expende en la Libreria de la 1.^a calle de
Santo Domingo junto al núm. 12.